

Estructura familiar y bienestar de madres en Santiago de Chile

*Viviana Salinas Ulloa** y *Daniela Aranis Soto***

Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile

RESUMEN

Este artículo estudia las diferencias que afectan el bienestar de madres chilenas según la estructura familiar en la que viven y analiza la relación de los cambios producidos en la estructura familiar durante los primeros cuatro años de vida del primer hijo y cómo dichas alteraciones influyen en el bienestar de estas madres. Los datos provienen de la Encuesta de Nuevas Familias Chilenas, recogidos en la ciudad de Santiago. Se utilizan métodos descriptivos y modelos logísticos para analizar los cambios en el bienestar ante cambios en la estructura familiar. Las mujeres casadas al momento del nacimiento de su primer hijo gozan de un mayor bienestar socioeconómico que las mujeres que convivían, estaban en una relación de noviazgo o no tenían relación con el padre del niño. Se constatan diferencias en el bienestar físico y emocional y en el apoyo social, pero de menor magnitud. La estabilidad familiar se asocia a una mejoría en el bienestar socioeconómico y emocional, otra vez con mayores diferencias en el bienestar socioeconómico. Estos resultados sugieren que las mujeres que ven más menoscabado su bienestar en los primeros años de vida de su primer hijo son aquellas que terminan una relación de convivencia o noviazgo o las que se mantienen sin pareja.

Palabras clave

Estructura familiar, cambios en el tipo de unión, bienestar, matrimonio, convivencia

* PhD in Sociology/Demography, University of Texas, Austin; profesora asistente, Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: vmsalina@uc.cl. Esta investigación fue posible gracias al financiamiento otorgado por Conicyt, Programa Fondecyt de Iniciación, Proyecto N° 11110058.

** Socióloga, candidata a magíster, Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: dparanis@uc.cl.

Family structure and the well-being of mothers in Santiago, Chile

ABSTRACT

This paper studies differences in the well-being of Chilean mothers according to family structure they live, and it analyses the association between changes in family structure during the first four years of life of the first child and changes in the well-being of women. The data come from the New Chilean family Survey. Descriptive methods and logistics models are used to estimate the probability of changes in well-being according to changes in family structure. Women who were married at the time of their first birth have higher levels of socioeconomic well-being than women who were cohabiting, dating the baby's father or who have ended the relationship with him. There are also differences in physical and emotional well-being, and social support, but they smaller. Family stability is related to improvements in socioeconomic and emotional well-being. Again, the differences are larger in the socioeconomic realm. These results suggest that women who ended a cohabiting or dating relationship, and women who remained single during the first years of life of the child experience the worst decline of their well-being.

Keywords

Family structure, union transitions, well-being, marriage, cohabitation

Introducción

Este artículo investiga las diferencias en el bienestar de madres chilenas de acuerdo a la estructura familiar en la que viven. Considerando que el momento de dar a luz a su primer hijo es una instancia clave para la configuración de la familia propia, se analizan diferencias respecto al bienestar según la estructura familiar en que vivían las mujeres al momento de su primer parto. Se estudia también cómo las transformaciones por las que esas estructuras pasan durante los primeros años de vida del niño se asocian a cambios en el bienestar.

En las últimas dos décadas, el contexto económico y político de Chile ha sido de relativa estabilidad, sin embargo, el sistema familiar ha experimentado considerables transformaciones, por lo que analizar las diferencias de bienestar que caracterizan a mujeres en diversas estructuras familiares cobra relevancia bajo este contexto. Los principales cambios al respecto son el descenso del matrimonio como formato básico de vida en pareja, a la par del aumento de la convivencia y

la soltería. En 1960, la tasa bruta de nupcialidad en Chile era de 7,3 por mil habitantes (INE, 2010). En 2010, esa tasa llegaba solo a 3,5 por mil (INE, 2013). En 2011, el 40% de las mujeres en edad fértil que vivían en pareja lo hacían en una relación de convivencia (Mideplan, 2011). Se ha reportado también un crecimiento importante en la proporción de hogares que son encabezados por una mujer, con mayor preponderancia entre los grupos de menores ingresos (Arriagada y Aranda, 2004; Mideplan, 2010), y que corresponde mayoritariamente a madres solteras. Además de estos cambios en las formas de unión, destaca en el caso chileno el considerable aumento en la proporción de niños que nacen fuera del matrimonio, que pasó de 15% en 1960 a 70% en 2013 (Larrañaga, 2006; Registro Civil e Identificación de Chile, 2014). El aumento en la proporción de niños que nacen fuera del matrimonio es un fenómeno de más larga data en Chile, que se inició en la década de 1960, mientras que el decaimiento del matrimonio y el aumento de la convivencia cobró fuerza a partir de la década de 1990 (Salinas, 2011).

En relación al aumento de la convivencia, existe evidencia de que si bien la duración de la relación es menor en comparación al matrimonio, la convivencia en hogares nucleares podría estar asemejándose al matrimonio en términos de bienestar socioeconómico y emocional (Salinas, 2012). Adicionalmente, los cambios en las familias chilenas, nombrados anteriormente, se han dado en paralelo con la expansión de la educación, con un promedio de escolaridad de 12,9 años en 2011 para los jóvenes de entre 25 y 29 años (Casen, 2011), y con el crecimiento de la participación laboral femenina, con una tasa de participación de 47,6% en agosto-octubre de 2013 (INE, 2014).

Además del contexto de cambio en las familias, la pregunta por la asociación entre bienestar y estructuras familiares dialoga con la preocupación más general por el bienestar de las mujeres. Respecto al bienestar material, en años recientes se ha discutido el rol del empleo femenino en la superación de la pobreza o en el mejoramiento de los recursos con los que cuentan los hogares (Herrera, Salinas y Valenzuela, 2011). En Chile hay evidencia de una tensión entre los roles tradicionales de madre cuidadora y su participación en el mercado laboral,¹ y más allá del ámbito material existe una preocupación por la multiplicidad de roles que cumplen las mujeres una vez que ingresan al mercado laboral, considerando que sumar el rol de trabajadoras por lo general no altera mucho sus funciones en el hogar, en las labores de cuidado infantil (y de adultos) y en los quehaceres

¹ Ver Acosta y Perticará (2005). Para ahondar más en el conflicto entre roles productivos y reproductivos específicamente en mujeres que trabajan por cuenta propia (microempresarias), ver Tomacic, Avedaño y Román (2004).

del hogar (Ariza y De Oliveira, 2004). La necesidad de cumplir con múltiples papeles puede afectar el bienestar emocional de las mujeres, por ejemplo, haciendo más probable la aparición de problemas como estrés y/o depresión o alterando la calidad de su relación de pareja o sus prácticas de crianza (Bianchi y Milke, 2010). El aumento en los desórdenes emocionales podría impactar el bienestar físico, medido por el estado de salud de las mujeres (Krieger, 2001; Robles y Kiecolt-Glaser, 2003).

El presente artículo se organiza en cuatro secciones. Después de esta introducción, la primera sección sintetiza los resultados de investigación previa sobre estructuras familiares y bienestar, poniendo énfasis tanto en diferencias transversales como en los cambios en el bienestar que se producen ante cambios en las estructuras familiares. La segunda sección se inicia presentando las preguntas de investigación específicas del estudio, y detalla la metodología de esta investigación describiendo la base de datos y los procedimientos analíticos utilizados. La tercera sección presenta los resultados. La última sección se destina a discutir los principales hallazgos del estudio y sus implicancias.

1. Investigación previa

Diferencias en bienestar entre estructuras familiares

El punto de partida para esta investigación es la investigación sociológica sobre familia que tematiza cómo las estructuras familiares contribuyen a reproducir la desigualdad social. La variable clave para definir la estructura familiar suele ser el estado civil o tipo de relación de los padres en el núcleo familiar, que es la estrategia que asumirá esta investigación. La investigación previa pone de manifiesto que las familias que se constituyen en torno al matrimonio gozan de mayores recursos socioeconómicos, en términos de ingresos, empleo y educación. Por el contrario, las familias uniparentales, generalmente encabezadas por una mujer, se encuentran en la posición más frágil. Mucha de esta investigación proviene de Estados Unidos, en donde la participación laboral femenina es alta, por lo tanto, es muy probable que las familias de parejas casadas cuenten con dos ingresos, a diferencia de los hogares uniparentales (Manning y Brown, 2006). Aunque en principio las familias que se constituyen en torno a la convivencia de una pareja también podrían contar con dos ingresos, en Estados Unidos estas familias suelen tener menores ingresos, dado que el nivel educacional de los convivientes tiende a ser más bajo que el de los casados, y el desempleo o el empleo inestable o de baja calidad es más frecuente

entre convivientes. El panorama entre mujeres jefas de hogar suele ser aun más desfavorable para estas variables (Kennedy y Bumpass, 2008).

Aunque las diferencias socioeconómicas son las más documentadas, también existe investigación en otras áreas. Respecto del bienestar emocional, se ha constatado que la depresión es más frecuente entre convivientes que entre casados, aunque esas diferencias disminuyen cuando se consideran otras variables, como el ingreso, la duración y la estabilidad percibida en la relación, variables respecto a las cuales los convivientes generalmente tienen valores más desfavorables (Brown, 2000). Existe cierta evidencia de que la ventaja emocional del matrimonio radicaría en la calidad de la relación, a pesar de que las personas que se mantienen casadas y con bajos niveles de armonía reportan una menor satisfacción con la pareja y mayores niveles de depresión (Williams, 2003). Las diferencias por tipo de relación se extenderían más allá del bienestar emocional y llegarían a la salud física. Sabemos que las personas casadas generalmente tienen menores tasas de mortalidad y evalúan mejor su estado de salud que quienes no están casados (Liu y Umberson, 2008; Umberson, Williams, Powers, Liu y Needham, 2006), pero también en esta asociación la calidad de la relación jugaría un rol fundamental, en tanto las personas casadas y en relaciones con alto nivel de estrés muestran peores indicadores de salud física que los divorciados (Williams, 2003).

Otra área a destacar en el bienestar de personas en diferentes estructuras familiares es el apoyo social. Las redes cercanas de familiares y amigos pueden entregar apoyo económico, emocional, ayudar con el cuidado infantil e incluso con el problema de la vivienda (Bost, Cox, Burchinal y Payne, 2002). Entre las personas más pobres es probable que el apoyo no económico sea más frecuente que el apoyo económico (Henly, Danzinger y Offer, 2005). El apoyo emocional sirve para lidiar con situaciones estresantes (Jackson, 1998) y se asocia a mejores evaluaciones de la competencia y eficacia personal (Agoff, Herrera y Castro, 2007). Hay razones para pensar que el apoyo social difiere según el estado civil, porque este puede afectar la relación con los propios padres. Los convivientes pueden sentir que sus padres, socializados en generaciones anteriores, enjuician negativamente el hecho de que sus hijos vivan juntos sin casarse y, por lo tanto, pueden relacionarse menos frecuentemente con ellos o establecer relaciones más conflictivas (Eggebeen, 2005). Teniendo en cuenta lo anterior, los convivientes y las madres solteras podrían buscar más apoyo en sus redes de amigos que en su familia (Hao, 1996). Sin embargo, la evidencia empírica al respecto no es concluyente. Algunos estudios encuentran que las personas solteras reciben más apoyo que los casados (Rindfuss y VandenHeuvel, 1990), mientras que otros sostienen que los casados reciben más apoyo que los solteros y los convivientes (Hao, 1996) o que no hay

diferencias por estado civil (Harknett y Knab, 2007). Aunque la investigación sobre apoyo social considera tanto el apoyo recibido como el percibido, se reconoce en general que el apoyo recibido es una medida más problemática, porque combina el hecho de tener una red dispuesta a ayudar y de necesitar ayuda. Esto hace que tanto las personas con mejores como peores ingresos tiendan a recibir menos apoyo. El apoyo percibido, en cambio, no tiene este problema, por lo que generalmente se usa más como medida de apoyo social (Harknett y Knab, 2007).

Inestabilidad familiar y bienestar

La existencia de diferencias en torno al bienestar entre personas que viven en distintas estructuras familiares ha generado mucho debate respecto a lo que está detrás de estas diferencias. Estas podrían reflejar selectividad o causalidad, es decir, podría ser que la ventaja del matrimonio no se deba al estado civil por sí mismo, sino a otras características, como el nivel educacional o el tipo de empleo de las personas que se casan. En la misma línea, quienes deciden casarse podrían ser personas más estables emocionalmente, por lo que no sería el matrimonio lo que beneficia la salud mental de los individuos o su bienestar emocional, sino una tendencia a la estabilidad que puede ser más frecuente entre las personas que se casan, pero que también puede darse entre convivientes y solteros. Por el contrario, si las diferencias en bienestar entre individuos en diversas estructuras familiares son causales, sería el matrimonio en sí mismo, la convivencia o el hecho de permanecer soltero lo que altera el bienestar, mejorando o empeorando las trayectorias que los individuos venían mostrando, con relativa independencia de su nivel educacional, empleo o estabilidad emocional (Musick y Bumpass, 2012).

Se han aplicado diversas estrategias metodológicas para discernir si las diferencias en bienestar reflejan selectividad o causalidad. Estas comprenden desde técnicas relativamente simples como controlar por las variables que marcan selectividad y observar si las diferencias se mantienen, hasta técnicas más sofisticadas, como la aplicación de modelos de efectos fijos, estudios de gemelos y pseudoexperimentos o experimentos naturales. En general, los resultados indican que la selectividad da cuenta de gran parte de las diferencias de bienestar observadas, pero no necesariamente de todas (McLanahan y Percheski, 2008).

Los estudios longitudinales son especialmente ricos para indagar en preguntas por las variaciones en el bienestar ante cambios en las uniones, porque permiten observar si la entrada o salida al matrimonio, la convivencia o la soltería modifican el bienestar de las personas. Así, respecto al bienestar socioeconómico, hay

evidencia de que contraer matrimonio se asocia a una baja probabilidad de sufrir problemas financieros tanto para las madres solteras como para las mujeres sin hijos (Williams, Sassler y Nicholson, 2008), y más específicamente si se pasa a formar una relación con el padre biológico del hijo (Osborne, Berger y Magnuson, 2012). Terminar una relación coresidencial (matrimonio o convivencia) tiene consecuencias negativas en el bienestar económico de la mujer, aumentando sus dificultades materiales y disminuyendo el ingreso (Avellar y Smock, 2005; Bradbury y Katz, 2002). Las mujeres que experimentan inestabilidad repetida en la estructura familiar, es decir, que inician y terminan relaciones frecuentemente, sufren más dificultades materiales que las que se mantienen en una relación estable (Osborne et al., 2012).

Los cambios en la estructura familiar también se relacionan con el bienestar emocional. La entrada al primer matrimonio se asocia significativamente con un declive en la depresión y un aumento en la satisfacción con la vida, tanto para hombres como para mujeres (Williams, 2003). Las mujeres que comienzan a vivir con el padre biológico de su hijo (ya sea dentro de un matrimonio o convivencia) disminuyen sus niveles de estrés parental, a diferencia de sus contrapartes que se mantienen solteras (Cooper, McLanahan, Meadows y Brooks-Gunn, 2009). A su vez, las que se casan con el padre biológico de sus hijos, si ese matrimonio es duradero, experimentan una disminución en el estrés psicológico (Williams et al., 2008). Sin embargo, los beneficios emocionales del matrimonio o la convivencia no ocurren para las mujeres que inician una relación con una nueva pareja que no es el padre biológico del niño; por el contrario, para ellas empezar una relación coresidencial se asocia a mayores problemas de salud mental (Meadows, McLanahan y Brooks-Gunn, 2008). Por otra parte, la investigación previa indica que la salida de una relación tiene generalmente un impacto negativo en el bienestar emocional. Quienes terminan un matrimonio, ya sea por divorcio o separación, muestran mayores niveles de depresión y menor satisfacción con la vida que quienes siguen casados (Williams, 2003). Estos efectos negativos, sin embargo, no parecen permanentes en el tiempo, sino que son más bien transitorios, es decir, el impacto del fin de una relación es fuerte en el periodo inmediatamente posterior al término de la relación, pero se reduce a lo largo del tiempo (Meadows et al., 2008; Osborne et al., 2012). La inestabilidad familiar también podría afectar la salud física. Los adultos que se divorcian, generalmente aumentan su consumo de alcohol, fuman más y bajan en forma considerable de peso (Eng, Kawachi, Fitzmaurice y Rimm, 2005; Waite y Gallagher, 2000), aunque los hallazgos más recientes indican que este empeoramiento de la salud tiene que ver más con el estrés de la disolución de una unión que con la ausencia de pareja en sí misma (Williams y Umberson, 2004).

En lo concerniente al apoyo social, hay evidencia de que cuando se experimenta inestabilidad familiar (por lo general al terminar una relación de convivencia o un matrimonio con el padre biológico del hijo), disminuye levemente el apoyo percibido entre las mujeres con hijos menores (Osborne et al., 2012).

América Latina

La investigación sobre familia y bienestar en América Latina es menos extensa que en Estados Unidos, pero hay consenso respecto a las diferencias socioeconómicas entre familias que se constituyen en torno al matrimonio, la convivencia o encabezadas por madres solteras. Así, tal como en el caso estadounidense, las familias que se constituyen en torno al matrimonio tienen mejores niveles de ingreso, educación y empleo que las familias de convivientes. De hecho, se ha propuesto la existencia de un sistema de nupcialidad dual en la región, en que más que las preferencias individuales es el nivel socioeconómico el que decide quien se casa y quien convive. Esto se relaciona con el patrón histórico de nupcialidad en la región, cuyos orígenes están en la Colonia y en las prácticas de unión entre conquistadores y población indígena (Castro-Martín, 2002). Tradicionalmente la convivencia, junto con ser un tipo de unión bastante frecuente en la población, era característico de los estratos socioeconómicos más bajos, y tendía a ser un tipo de unión estable en el tiempo que generalmente no se transformaba en matrimonio ni se disolvía rápidamente (Ponce de León, Rengifo y Serrano, 2006; Quilodrán, 2003). En contraste, en años recientes se ha observado un aumento de la convivencia en los grupos más jóvenes y más educados (Binstock y Cabella, 2011; Wiegand, 2012). Sin embargo, todavía se constatan diferencias importantes en el nivel de recursos socioeconómicos de los individuos casados y convivientes (Herrera et al., 2011), muchas de las cuales pueden deberse a selectividad.

Para el caso chileno, estas diferencias socioeconómicas han sido constatadas recientemente (Herrera et al., 2011). Las familias que se constituyen en torno a la convivencia gozan de menos recursos que las familias que se constituyen en torno al matrimonio, pero claramente las familias uniparentales son las más vulnerables en términos socioeconómicos. Las diferencias entre individuos en distintas estructuras familiares también se dan en la autopercepción de salud, en tanto los convivientes evalúan peor su salud que los casados (aunque no hay diferencias significativas entre casados e individuos en otros estados civiles). En el bienestar emocional, se ha advertido que los síntomas depresivos son más frecuentes entre separados, divorciados o anulados en Chile en comparación con los casados, sin

que haya diferencias significativas entre casados y convivientes o solteros. Los resultados en esta área también sugieren que una separación tendría efectos más fuertes en el bienestar emocional de las personas con menor nivel educacional (Rojas, 2012). Hay poca investigación longitudinal que permita abordar la pregunta por los cambios en las estructuras de los hogares y los cambios en el bienestar en América Latina, pero existe un antecedente para Uruguay que estudia los efectos del fin de una unión en el bienestar socioeconómico de las mujeres, constatando que, ante el fin de una unión, se da una pérdida importante de ingreso para las mujeres, especialmente si tienen hijos, y que esa pérdida no se ve mitigada por las transferencias de los padres no corresidentes (pensiones de alimentos) o por transferencias públicas (Vigorito, 2010).

A modo de síntesis puede decirse que la investigación previa, dejar base principalmente de estudios estadounidenses, muestra que existen marcadas diferencias en torno al bienestar para las mujeres que viven en distintas estructuras familiares, tal como las define el estado civil o el tipo de relación de la mujer. Sin embargo, también sugieren que una parte importante de esas diferencias puede no deberse a la estructura familiar en sí misma, sino a otras variables. La investigación acerca de las transformaciones en las familias, o inestabilidad familiar, permite avanzar en este sentido, mostrando que principalmente la entrada al matrimonio, pero también a la convivencia con el padre biológico de los hijos se asocia a mayores niveles de bienestar, mientras que la salida de este tipo de relaciones se vincula con disminuciones en el bienestar. La investigación longitudinal ha puesto énfasis en que muchos de estos efectos podrían no ser a largo plazo, en particular para las consecuencias negativas del fin de una unión. Es posible que la estabilidad de la relación también se asocie al bienestar de las mujeres. De hecho, hay una línea de investigación que apunta en este sentido, pero dedicada al desarrollo infantil, postulando que más que el estado civil de los padres es la estabilidad de la relación lo que beneficia a los niños (Cherlin, 2009).

2. Preguntas de la investigación y metodología

Este artículo estudia el caso chileno, indagando acerca de las diferencias en torno al bienestar existentes entre mujeres que tienen a su primer hijo en distintas estructuras familiares y acerca de cómo los cambios de la estructura familiar afectan el bienestar de las madres. Así, se analiza, por una parte, si existen diferencias en el bienestar de las mujeres que inician su carrera reproductiva en distintas estructuras familiares, y de qué magnitud son las diferencias; y, por otra parte, cómo cambia el bienestar de

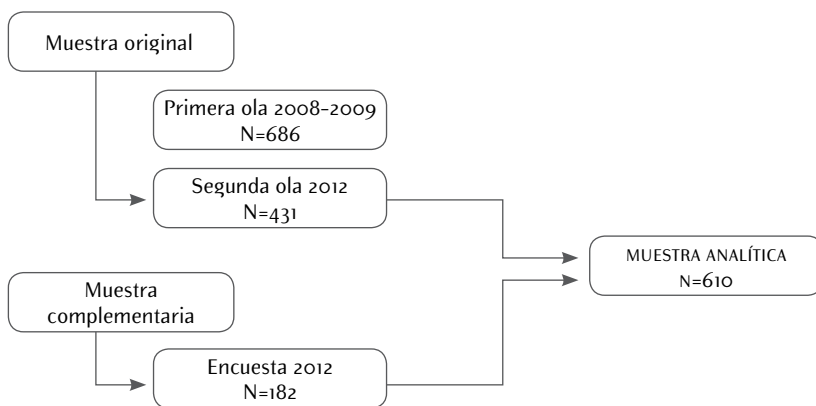
las mujeres ante cambios en la estructura familiar; esto es, ante transformaciones que implican que la unión de pareja pase a ser una relación con un mayor grado de compromiso, con un menor grado de compromiso o no se transforme.

Los datos para esta investigación provienen de dos olas de la Encuesta de Nuevas Familias Chilenas.² La primera recogida de datos ocurrió en 2008-2009 y la segunda en 2012. La primera ola consistió en una encuesta posparto, implementada en cinco hospitales y clínicas de Santiago e incluyó a 686 mujeres. Las madres eran elegibles para participar si tenían 18 años o más, estaban teniendo a su primer hijo y si su salud o la del recién nacido no había quedado seriamente comprometida después del parto. El diseño de la muestra no fue probabilístico, pero los centros asistenciales que participaron incluyen al hospital público más grande del país, un hospital universitario y tres clínicas privadas, generando variabilidad en el nivel socioeconómico de la muestra.³ Casi todas las mujeres elegibles para participar fueron encuestadas, y solo cinco mujeres rechazaron participar durante los cinco meses que duró el trabajo de campo. De todas las mujeres entrevistadas, en la primera ola 585 accedieron a ser contactadas para una segunda entrevista y proporcionaron información de contacto válida. La segunda ola ocurrió entre mayo y septiembre de 2012. La tasa de respuesta alcanzó a un 74% de la muestra original elegible (431 mujeres). Para aumentar el tamaño de la muestra, y considerando que la muestra original no era probabilística, se agregó una muestra complementaria de 182 mujeres, que fue diseñada para coincidir con las características de la muestra original que no fue contactada, en términos de edad, educación y seguro de salud (público o privado). A estas mujeres se les pidió que contestaran preguntas retrospectivas que correspondían a las variables claves del cuestionario aplicado en la ola uno, cuando era posible. El tamaño de la muestra total de la segunda ola es de 613 mujeres, sumando la muestra original que fue posible contactar y la muestra complementaria. Para este trabajo, se utiliza una muestra analítica de 610 casos (430 de la muestra original y 180 de la muestra complementaria), perdiéndose tres casos por no reporte del tipo de relación en la ola dos. La Figura N° 1 esquematiza las etapas del levantamiento de datos y las muestras utilizadas, con su respectivo tamaño.

² La primera ola de esta encuesta fue financiada por una beca para trabajo en terreno de la fundación Compton y el Population Reference Bureau. La segunda ola fue financiada por Conicyt, gracias al proyecto Fondecyt de Iniciación N° 11110058.

³ En el hospital público, el 76% de las encuestadas tenía estudios secundarios o menos, porcentaje que solo alcanza a 24% en el hospital universitario y a 3% en los hospitales privados. En el hospital público solo 9% de las encuestadas tenían estudios universitarios, porcentaje que sube a 34% en el hospital universitario y a 86% en los hospitales privados. La distribución de ingreso familiar según tipo de hospital sigue patrones similares.

Figura N° 1: Esquema del levantamiento de datos y muestra analítica final



Variables

Se consideran tres dimensiones para el bienestar de las mujeres: bienestar socioeconómico, bienestar físico y emocional, y bienestar social. Los indicadores que se utilizan provienen de la segunda ola. Para medir el bienestar socioeconómico se usan cuatro indicadores: el nivel educacional alcanzado por la madre (secundaria incompleta o menos, secundaria completa, postsecundaria de tipo técnico –ya sea completa o incompleta– y postsecundaria de tipo universitario –también completa o incompleta), la condición de actividad de la madre (ocupada, desocupada, inactiva), la propiedad de la vivienda en que habita la madre (considerándose propias las viviendas que pertenecen a la mujer y/o su pareja, completamente pagadas o pagándose) y el nivel de ingreso familiar (clasificado como ingreso bajo, ingreso medio e ingreso alto). La pregunta original por ingreso del hogar era una pregunta cerrada que ofrecía 10 categorías de respuesta, desde menos de \$100.000 al mes a más de \$2.000.000 al mes. Para clasificar el ingreso del hogar en alto, medio o bajo se consideraron los cortes que marcaban la distribución de respuestas en tercios en la muestra. Se considera ingreso familiar bajo a las categorías desde menos de \$100.000 hasta \$500.000; ingreso familiar medio a las categorías desde \$500.001 a \$750.000 y \$750.001 a \$1.000.000, e ingreso familiar alto a las categorías desde \$1.000.001 a \$2.000.000 hasta más de \$3.000.000.⁴

⁴ Se estimó un proxy de ingreso per cápita dividiendo la marca de clase de cada categoría de respuesta (por ejemplo, \$250.000 para el tramo \$200.000 a \$300.000) por el número de integrantes del hogar, pero se obtuvieron resultados similares, así que se optó por usar la variable original, clasificada en las tres categorías referidas.

Para medir el bienestar físico y emocional, se utilizó el autorreporte del estado de salud de la madre, el diagnóstico de depresión y un indicador de estrés maternal. El estado de salud autorreportado se utiliza como una variable dicotómica,⁵ que distingue a las mujeres con muy buena salud (que consideraron su salud excelente o muy buena) del resto de las mujeres (que reportaron que su salud era buena, regular o mala). El diagnóstico de depresión es una variable dicotómica que identifica a las mujeres que manifestaron que un profesional de la salud les diagnosticó depresión en algún momento desde el nacimiento de su primer hijo y la entrevista de la segunda ola. Para el estrés maternal se construyó un índice que combina el grado de acuerdo (muy de acuerdo, de acuerdo, ni de acuerdo ni en desacuerdo, en desacuerdo, muy en desacuerdo) con cuatro afirmaciones: “ser madre es más difícil de lo que esperaba”, “me siento superada por mis responsabilidades como madre”, “cuidar a mis hijos es más trabajoso que placentero” y “frecuentemente me siento cansada o agotada por tener que hacerme cargo de mi familia”.⁶ Después de revertir el orden de las categorías de repuesta de manera que los valores más altos correspondieran siempre a mayor estrés, se realizó un análisis factorial⁷ policórico,⁸ del cual se obtuvo un único factor, el índice de estrés, y cuyo alfa de Cronbach es 0,70 (valor aceptable para garantizar la fiabilidad de la escala). Posteriormente, el índice se separó en dos grupos, distinguiendo a las mujeres cuyos puntajes en el índice estaban en el 25% de mayor estrés maternal del resto de las mujeres. Para el bienestar social se utilizan tres variables. La primera variable dicotómica corresponde a apoyo emocional percibido, que identifica a las mujeres que refieren que pueden contar con suficientes personas cuando necesitan que alguien escuche sus problemas (versus pocas personas o nadie). Las otras dos variables miden el apoyo económico percibido, e identifican a las mujeres que creen que, en caso de necesitarlo durante el próximo año, pueden contar con alguien que les preste \$30.000 y a las que creen que pueden contar con alguien que les preste \$500.000.

⁵ Variable que solo puede tomar dos valores.

⁶ Las cuatro afirmaciones sobre estrés maternal fueron extraídas del estudio *Fragile Families and Child Wellbeing Study* (www.fragilefamilies.princeton.edu).

⁷ El análisis factorial es un método que permite explicar las correlaciones entre variables observadas en términos de entidades más generales, llamadas variables latentes o factores. El análisis factorial exploratorio es una forma de análisis factorial por medio del cual se estiman la o las variables latentes a partir de un conjunto de indicadores, sin conocer ni especificar previamente la estructura de estas variables latentes.

⁸ Cuando se calcula una matriz de correlación (de Pearson) para el análisis factorial, se asume que las variables son continuas y tienen una distribución normal. Sin embargo, las variables utilizadas corresponden a variables ordinales, por lo que utilizar esta correlación sería cometer un error en el modelamiento. Dado lo anterior, se calculó matriz de correlación policórica, la cual asume que las variables de naturaleza ordinal y no continua son medidas imperfectas de una variable subyacente continua.

Para indagar en cómo los cambios en la estructura familiar se relacionan con cambios en el bienestar, se utilizan seis de estos indicadores de bienestar, disponibles para ambas olas: el ingreso familiar, la propiedad de la vivienda, el estado de salud autorreportado, el diagnóstico de depresión, la percepción de apoyo emocional y la percepción de apoyo económico.⁹ Así, es posible distinguir a las mujeres cuyos hogares mejoraron su ingreso familiar; a las mujeres que se convirtieron en propietarias de su vivienda, dado que no lo eran al momento del primer parto;¹⁰ a las mujeres que reportaron un mejor estado de salud que en la primera ola; a las mujeres que recibieron un primer diagnóstico de depresión desde la primera ola; a las mujeres que mejoraron su percepción de apoyo emocional; y a las mujeres que, habiendo percibido en la primera ola que no había nadie que les pudiera hacer un préstamo grande en caso de necesitarlo, estiman en la segunda ola que sí hay personas disponibles para hacerlo.

Dos son las principales variables independientes en este análisis. Por una parte, la estructura familiar inicial, que se mide a partir del tipo de relación entre la madre y el padre biológico del primer hijo al momento del parto (casadas, conviviendo, de novias o pololeando y solteras o sin relación con el padre biológico del recién nacido); y por otra parte, los cambios en esa estructura entre la primera y la segunda ola, es decir, durante los primeros cuatro años de vida del niño. Esta variable distingue a las mujeres que no cambiaron de relación de las mujeres que experimentaron un cambio en la relación con el padre biológico de su primer hijo, ya sea para aumentar el nivel de compromiso o para disminuirlo. Así, se considera que aumenta el compromiso si una mujer que originalmente convivía con el padre biológico de su primer hijo se casa con él; si una mujer que estaba de novia empieza a convivir o se casa con él; y si una mujer sin relación con el padre biológico se reconcilia con este para volver al noviazgo, empezar a convivir o casarse con él. La disminución en el compromiso de la relación ocurre si una mujer casada se separa del padre biológico; si una conviviente se separa o deja de vivir con él, pero mantiene una relación de noviazgo; o si una mujer que pololeaba con el padre biológico termina su relación con este. Aunque la literatura previa se ha dedicado mayormente a las transiciones hacia o fuera del matrimonio o la convivencia, en esta investigación se incluye también a las mujeres en una relación de pololeo y

⁹ Se considera solo la percepción de que alguien le puede prestar \$500.000, porque hay más diferencias en esta variable que en la percepción de un préstamo pequeño.

¹⁰ Se consideraron otras dos variables para medir cambios en el bienestar: el cambio en el nivel educacional y el cambio en la condición de ocupación, pero fueron descartadas, dado que el 85% de las madres ya había terminado su carrera educativa en la primera ola y que todas ellas estaban 'desocupadas' en la misma ola, por tratarse de una encuesta posparto.

solteras que pueden seguir trayectorias muy diferentes. Como el tamaño de la muestra es reducido, diferenciar la entrada o salida del matrimonio, la convivencia, el noviazgo y la soltería habrían limitado los análisis posibles, por lo que se optó por aplicar esta clasificación más amplia (mantener, aumentar o reducir el compromiso de la relación), que permite trabajar con todos los casos disponibles.

Se consideran además, como controles, otras variables que la investigación previa ha relacionado al bienestar de mujeres; a saber, la edad de la madre al momento del parto, el nivel educacional de la madre al momento del parto, el tamaño del hogar en la segunda ola (medido por su número de integrantes) y dos medidas del *background* familiar de la entrevistada: una variable dicotómica que identifica a las mujeres que provienen de lo que se denomina ‘familias intactas’ (es decir, que crecieron junto a ambos padres biológicos hasta los 15 años) y el nivel educacional de los padres de las entrevistadas (secundaria incompleta, secundaria completa, postsecundaria), como proxy del socioeconómico de sus hogares de origen.

La no respuesta es marginal en la mayor parte de las variables. Entre una y siete entrevistadas no respondieron la pregunta referente a su condición de actividad, propiedad de la vivienda, diagnóstico de depresión, niveles de estrés asociado a la maternidad, percepción de apoyo emocional y percepción de apoyo económico (préstamo de \$30.000) en la segunda ola. La no respuesta es mayor en la pregunta por el nivel educacional del padre, el ingreso familiar en la segunda ola y la percepción de apoyo económico (préstamo de \$500.000) en la segunda ola, alcanzando 58, 34 y 39 casos, respectivamente. Para no reducir más el tamaño de la muestra, en todos los casos con valores perdidos se imputó el promedio o la moda correspondiente al tipo de relación de la entrevistada en la primera ola, sin alterar mayormente los resultados.

Estrategia analítica

El análisis se inicia con una descripción bivariada de las medidas de bienestar de las madres, primero según el tipo de familia al momento del primer parto y después según el tipo de transformaciones en la relación con el padre biológico que se experimentaron durante los primeros cuatro años de vida del niño. En cada caso, se realizó un test de independencia estadística (λ^2)¹¹ para evaluar la existencia o no de asociaciones estadísticamente significativas. El objetivo de esta descripción es constatar, para el caso en estudio, en qué dimensiones del bienestar existen diferencias

¹¹ Medida de asociación de tipo nominal que expresa la proporción en que se reduce la probabilidad de cometer un error de predicción.

significativas según la estructura familiar en que las mujeres iniciaron su vida como madres y en qué dimensiones del bienestar la inestabilidad de dichas estructuras se asocia a mejores o peores indicadores de bienestar. En la segunda parte del análisis se aborda la pregunta por el cambio en el bienestar ante transformaciones en la estructura familiar. Para ello, se estiman modelos logísticos¹² para la probabilidad de que haya habido una mejoría en el ingreso familiar entre el momento del parto y la segunda entrevista, la probabilidad de que las entrevistadas que no vivían en una casa propia hayan sido capaces de adquirir una vivienda propia, la probabilidad de haber mejorado el estado de salud autorreportado, la probabilidad de haber sido diagnosticadas con depresión por primera vez, y la probabilidad de haber mejorado la percepción de apoyo emocional y económico. En cada caso, la variable independiente de mayor interés es el cambio en la estructura familiar, pero se incluye también el tipo de estructura familiar en el momento del primer parto y, como se señaló antes, se controla por la edad y nivel educacional de las entrevistadas en la primera ola, su condición de actividad actual, el tamaño del hogar actual y su *background* familiar, considerando si crecieron en familias intactas y el nivel educacional de sus padres.

3. Resultados

La Tabla N° 1 resume las características de la muestra según el tipo de relación que las mujeres tenían con el padre biológico de sus hijos al momento de su primer parto. Casi la mitad de las encuestadas convivía, mientras que alrededor del 30% estaba casada. Cerca del 20% pololeaba sin vivir con el padre de su primer hijo y menos del 10% habían terminado esa relación. Estas cifras se condicen con las estadísticas vitales más recientes para Chile, según las cuales alrededor del 30% de los niños nacen de madres casadas. El segundo panel de la Tabla N° 1 indica que la mayoría de las mujeres, un 65%, no cambió el tipo de relación que tenía con el padre biológico de su primer hijo durante los primeros cuatro años de vida de este. Un 20% pasó a una relación de mayor compromiso y casi un 15% pasó a una relación de menor compromiso. Las familias que se constituyen en torno al matrimonio parecen ser las más estables, aunque las madres solteras muestran también alta estabilidad (es decir, es poco probable que reinicien la relación con el padre biológico¹³). Por su parte, las mujeres que pololeaban al momento de su primer parto exhiben las relaciones

¹² Tipo de análisis de regresión que se utiliza para predecir el resultado de una variable dicotómica en función de un conjunto de variables independientes.

¹³ Estas mujeres también tiene una baja probabilidad de haber iniciado una relación con una nueva pareja. Estos análisis no se incluyen, pero están disponibles a solicitud.

más inestables, en tanto solo alrededor del 20% de ese grupo sigue en ese tipo de relación al cabo de cuatro años. Para estas mujeres, las probabilidades de pasar a una relación de mayor o menor compromiso son relativamente similares. A su vez, las mujeres que convivían al momento del primer parto están en un punto intermedio de estabilidad, en tanto alrededor del 60% sigue en esa relación después de cuatro años. Sin embargo, para ellas, de producirse un cambio, pasar a una relación de menor compromiso es más probable que pasar a una relación de mayor compromiso o casarse. En la mayor parte de los casos, para una conviviente pasar a una relación de menor compromiso significa terminar la unión.

Tabla N° 1: Descripción de la muestra según estructura familiar al nacimiento el primer hijo (n=610)

	CASADAS	CONVIVIENDO	POLOLEANDO	SOLTERAS	TOTAL
Tipo de relación primera ola	27,2%	45,7%	17,9%	9,2%	100,0%
Cambio de relación***					
Disminuyó su compromiso	10,2%	25,5%	35,8%	0,0%	20,8%
Mantuvo su relación	89,8%	62,4%	22,9%	83,9%	64,8%
Aumentó su compromiso	0,0%	12,2%	41,3%	16,1%	14,4%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Edad primera ola					
18-19	1,2%	14,3%	33,9%	42,9%	16,9%
20-24	14,5%	40,5%	46,8%	35,7%	34,1%
25-29	27,7%	26,2%	14,7%	19,6%	23,9%
30-34	44,6%	13,6%	2,8%	1,8%	19,0%
35+	12,1%	5,4%	1,8%	0,0%	6,1%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Nivel educacional primera ola					
Secundaria incompleta o menos	1,8%	14,3%	23,9%	19,6%	13,1%
Secundaria completa	16,9%	41,2%	39,5%	58,9%	35,9%
Superior técnica	18,1%	21,9%	16,5%	12,5%	19,0%
Superior universitaria	63,3%	22,6%	20,2%	8,9%	32,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Familia intacta	67,5%	50,9%	55,1%	39,3%	55,1%
Nivel educacional del padre de la entrevistada					
Secundaria incompleta o menos	23,5%	45,9%	48,6%	62,5%	41,8%
Secundaria completa	22,9%	35,8%	32,1%	19,6%	30,2%
Superior técnica	53,6%	18,3%	19,3%	17,9%	28,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Tamaño prom. del hogar segunda ola (desv. est.)	4,0 (1,2)	4,2 (1,8)	4,8 (1,9)	4,7 (1,5)	4,3 (1,7)

*** p<0,001, ** p<0,01, * p<0,05, + p<0,1 (test de independencia, λ^2)

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Nuevas Familias Chilenas.

Se observan diferencias bastante marcadas en edad y educación entre las entrevistadas. Las mujeres que estaban casadas cuando tuvieron a su primer hijo son las de mayor edad y más educadas de la muestra, ya que casi la mitad tenía más de 30 años y más de la mitad había alcanzado estudios universitarios al momento del parto. Las mujeres que estaban pololeando con el padre de su primer hijo o que habían terminado la relación con él son las más jóvenes de la muestra y quienes muestran un menor logro educativo al momento del primer parto. Las convivientes están en un punto intermedio entre estos dos extremos. En cuanto al *background* familiar, casi el 70% de las mujeres casadas al primer parto creció junto a ambos padres, porcentaje que alcanza a alrededor de la mitad de las convivientes, a las mujeres que estaban pololeando con el padre de su hijo y a un 40% de las mujeres que no tenían relación con él. Las mujeres casadas también tienen una mayor probabilidad de haber crecido en ambientes mejor provistos socioeconómicamente, en tanto más de la mitad declaró que sus padres tenían estudios postsecundarios. Este porcentaje es de menos del 20% entre las mujeres en los otros tres grupos. Las madres solteras parecen haber crecido en el ambiente más desventajado socioeconómicamente, en tanto poco más del 60% creció en hogares en que el padre no había concluido la secundaria. Finalmente, no hay grandes diferencias en el tamaño promedio del hogar de las entrevistadas en la segunda entrevista. Este tamaño promedio probablemente oculta el hecho de que la mayoría de las madres casadas viven en un hogar nuclear, solo con sus maridos e hijos (este es el grupo de mujeres que en mayor proporción tuvo un segundo hijo entre las dos olas de la encuesta¹⁴), mientras que las otras mujeres tienen mayor probabilidad de vivir en hogares extendidos, con más parientes o no parientes,¹⁵ aunque las probabilidades de que hayan tenido un segundo hijo son menores.

La Tabla N° 2 entrega información entre la asociación de la estructura familiar al momento del parto y el bienestar actual de las mujeres. Considerando las medidas de bienestar socioeconómico, en todos los indicadores el tipo de estructura familiar se asocia significativamente al bienestar actual. Las mujeres casadas al momento del primer parto tienen las más altas probabilidades de estar trabajando cuatro años después, ya que un 75% de ellas están ocupadas, porcentaje que bordea el 60% en los otros grupos, en los que el porcentaje de mujeres inactivas es mayor. Las mujeres casadas al momento de convertirse en madres son propietarias de la vivienda en que habitan en la segunda ola en una

¹⁴ Ver Salinas (en prensa) en *Revista Latinoamericana de Población*.

¹⁵ Ver Salinas (2011).

proporción mucho mayor a la de los otros grupos. En contraste, las mujeres que se iniciaron en la maternidad estando solteras son quienes tienen una menor probabilidad de ser propietarias de su vivienda. Los resultados para el nivel de ingreso familiar en la segunda ola van en la misma línea, marcando la ventaja de las madres originalmente casadas, que tienen en mayor proporción ingresos altos, diferenciándose bastante de los otros tres grupos, especialmente de las mujeres que estaban solteras al momento del primer parto, que concentran la mayor proporción de mujeres con bajos ingresos familiares.

Tabla N° 2: Bienestar actual según estructura familiar al nacimiento del primer hijo (n=610)

	CASADAS	CONVIVIENDO	POLOLEANDO	SOLTERAS	TOTAL
Nivel educacional segunda ola***					
Secundaria incompleta o menos	1,2%	12,2%	14,7%	10,7%	9,5%
Secundaria completa	14,5%	38,4%	39,5%	44,6%	32,6%
Superior técnica	17,5%	21,5%	22,0%	25,0%	20,8%
Superior universitaria	66,9%	28,0%	23,9%	19,6%	37,1%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Condición de actividad segunda ola**					
Ocupada	74,7%	59,1%	58,7%	62,5%	63,6%
Desocupada	0,0%	2,2%	4,6%	7,1%	2,5%
Inactiva	25,3%	38,7%	36,7%	30,4%	33,9%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Propietaria vivienda en segunda ola***					
	61,5%	27,6%	13,8%	7,1%	32,5%
Nivel de ingresos del hogar***					
Bajo	15,7%	51,6%	53,2%	64,3%	43,3%
Medio	15,7%	31,2%	33,9%	28,6%	27,2%
Alto	68,7%	17,2%	12,8%	7,1%	29,5%
Total	100%	100%	100%	100%	100%
Excelente o buena salud**					
	61,5%	46,6%	51,4%	48,2%	51,6%
Diagnóstico depresión post-primer ola					
	12,1%	10,8%	6,4%	8,9%	10,2%
Alto estrés asociado a la maternidad**					
	19,3%	24,4%	22,9%	42,9%	24,4%
Apoyo social					
Apoyo emocional suficiente**	65,1%	49,1%	56,0%	50,0%	54,8%
Le pueden prestar \$30.000**	96,4%	87,8%	91,7%	87,5%	90,8%
Le pueden prestar \$500.000***	75,3%	36,9%	38,5%	30,4%	47,1%

*** p<0,001, ** p<0,01, * p<0,05, + p<0,1 (test de independencia, λ^2)

En lo concerniente al bienestar físico y emocional, este aspecto se diferencia un poco de la imagen que emerge del bienestar socioeconómico, porque al menos en uno de los tres indicadores considerados no hay diferencias significativas por estructura familiar inicial y porque la magnitud de las diferencias, cuando existen, no son tan grandes. Las mujeres casadas al momento del primer parto son quienes declaran en mayor proporción tener una muy buena salud (62%), pero cerca de la mitad de las mujeres en los otros grupos también consideran que su salud es muy buena. No hay diferencias significativas en el diagnóstico de depresión, que alcanza alrededor del 10% de la muestra. Las diferencias son significativas cuando se considera el estrés asociado a ser madre: más alto entre las mujeres solteras al momento del parto, alcanzando poco más del 40%, mientras que en los otros grupos alrededor del 20% de las mujeres reporta un alto nivel de estrés maternal.

Finalmente, las medidas de apoyo social indican que un 65% de las mujeres casadas al momento de tener a su primer hijo perciben suficiente apoyo emocional, porcentaje que bordea el 50% en los otros grupos. En lo relativo al apoyo económico percibido, las diferencias son más importantes en la variable que mide el préstamo grande, marcando de nuevo la ventaja de las madres casadas al momento del primer parto, las que probablemente perciben mayor apoyo económico porque sus redes tienen más recursos que las redes de apoyo de las mujeres en los otros grupos.

La Tabla N° 3 plantea una primera imagen de la asociación entre cambios en la estructura familiar y el bienestar. Respecto al bienestar socioeconómico, las mujeres que mantuvieron el mismo tipo de relación con el padre biológico de su primer hijo parecen ser, en una proporción algo mayor, mujeres que alcanzaron estudios universitarios, mientras que, entre las mujeres que cambiaron de relación para pasar a una de menor compromiso, hay un mayor porcentaje de mujeres con un nivel educacional bajo (secundaria incompleta o menos). Adicionalmente, las mujeres que cambiaron de relación para pasar a una de menor compromiso tienen una mayor probabilidad de estar ocupadas, lo que sugiere que la inestabilidad asociada al término de una relación y la pérdida de apoyo económico de la pareja podría 'empujar' a las mujeres al mercado laboral. Entre las mujeres que cambiaron de relación para aumentar el nivel de compromiso, son similares los porcentajes de ocupadas e inactivas, lo que podría sugerir que el paso a relaciones coresidenciales se asocia a una retirada del mercado laboral para cuidar el hogar y la familia, al menos mientras los niños son pequeños.

En cuanto a las mujeres que son propietarias de su vivienda, el mayor porcentaje de estas se encuentra entre aquellas que mantuvieron el tipo de relación que tenían con el padre biológico de su primer hijo, seguidas por las que aumentaron el compromiso. En cuanto al ingreso familiar, un 65% de las mujeres que dismi-

nuyó el nivel de compromiso en su relación declara ingresos bajos, porcentaje que llega a 50% entre las que aumentaron su compromiso y a 35% entre las que no cambiaron de relación, con lo que la estabilidad en la estructura familiar aparece otra vez como ligada a mejores indicadores de bienestar socioeconómico.

Tabla N° 3: Bienestar actual según cambios en la estructura familiar (n=610)

	DISMINUYÓ COMPROMISO	MANTUVO RELACIÓN	AUMENTÓ COMPROMISO	TOTAL
Nivel educacional segunda ola**				
Secundaria incompleta o menos	17,3%	5,8%	14,8%	9,5%
Secundaria completa	30,7%	33,4%	31,8%	32,6%
Superior técnica	17,3%	21,3%	23,9%	20,8%
Superior universitaria	34,7%	39,5%	29,6%	37,1%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Condición de actividad segunda ola**				
Ocupada	70,9%	64,6%	48,9%	63,6%
Desocupada	4,7%	1,3%	4,6%	2,5%
Inactiva	24,4%	34,2%	46,6%	33,9%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Propietaria de vivienda en segunda ola***				
	12,6%	40,0%	27,3%	32,5%
Nivel de ingresos del hogar***				
Bajo	65,4%	34,7%	50,0%	43,3%
Medio	18,9%	28,4%	34,1%	27,2%
Alto	15,8%	37,0%	15,9%	29,5%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Excelente o buena salud	52,0%	52,4%	47,7%	51,6%
Diagnóstico depresión post-primera ola	14,2%	9,9%	5,7%	10,2%
Alto estrés asociado a la maternidad	31,5%	22,5%	22,7%	24,4%
Apoyo social				
Apoyo emocional suficiente	47,2%	57,2%	54,6%	54,8%
Le pueden hacer un préstamo pequeño+	85,8%	92,4%	90,9%	90,8%
Le pueden hacer un préstamo grande***	28,4%	54,2%	42,1%	47,1%

*** p<0,001, ** p<0,01, * p<0,05, + p<0,1 (test de independencia, λ^2)

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Nuevas Familias Chilenas.

En ninguna de las medidas de bienestar físico o emocional consideradas se producen diferencias por los cambios en la estructura familiar por los que puedan haber experimentado las entrevistadas. Respecto al apoyo social, las diferencias

significativas más importantes se dan otra vez en la percepción de las mujeres respecto a que alguien les puede hacer un préstamo grande, cosa que cree poco más del 50% de aquellas que no alteran su relación, un 42% de quienes pasan a una relación de mayor compromiso y cerca del 30% de las mujeres que derivan a una relación de menor compromiso.

La Tabla N° 4 relaciona los cambios en la estructura familiar con seis medidas de cambios en el bienestar. El tamaño de la muestra con la que se trabaja esta vez es más reducido, puesto que contempla solo a las mujeres de la muestra original (n=430), para las que existen medidas tanto en la primera como en la segunda ola, las que permiten generar estos indicadores. El menor tamaño muestral puede estar relacionado con que se alcance solo marginalmente significancia estadística para tres relaciones entre variables. Las medidas de apoyo socioeconómico indican que las mujeres que no cambiaron la relación que tenían con el padre de su primer hijo tienen una mayor probabilidad de aumentar el nivel de ingresos del hogar y de convertirse en propietarias de sus viviendas que las mujeres que experimentaron alguna forma de cambio.

Tabla N° 4: Cambios en el bienestar ante cambios en la estructura familiar (n=430)

	DISMINUYÓ COMPROMISO	MANTUVO RELACIÓN	AUMENTÓ COMPROMISO	TOTAL
Aumentó el nivel de ingreso familiar+	12,4%	21,3%	12,5%	18,1%
Se convirtió en propietario***	8,5%	32,5%	6,3%	23,5%
Mejóro su salud	27,8%	21,3%	30,4%	24,0%
Le diagnosticaron depresión+	14,4%	9,0%	3,6%	9,5%
Aumentó el apoyo emocional*	22,7%	15,9%	28,6%	19,1%
Aumento el apoyo económico+	4,1%	5,4%	12,5%	6,1%

a: se considera solo a no propietarias en la ola uno (n=358)

*** p<0,001, ** p<0,01, * p<0,05, + p<0,1 (test de independencia, χ^2)

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Nuevas Familias Chilenas.

No se observan diferencias significativas en el porcentaje de mujeres que reporta un mejor estado de salud en la segunda ola que en la primera, que alcanza alrededor de un cuarto de la muestra. Sí las hay respecto al diagnóstico de depresión después del nacimiento del primer hijo, que parece ser mayor entre las mujeres que disminuyeron el nivel de compromiso en la relación con el padre biológico, alcanzando casi 15%, porcentaje bastante menor entre las mujeres que aumentaron el nivel de compromiso, con apenas 4%. Las mujeres que aumentaron el nivel de compromiso también mejoran su percepción de apoyo emocional en mayor medida,

alcanzando casi 30%. El segundo grupo en mostrar una mejoría en la percepción de apoyo emocional, sin embargo, no son las mujeres que se mantuvieron en el mismo tipo de relación, sino las que disminuyeron su nivel de compromiso, lo que sugiere que ante un cambio en la estructura familiar estas mujeres pueden buscar más apoyo y probablemente lo reciban. La mejoría en la percepción del apoyo económico es mayor entre las mujeres que cambiaron de relación para pasar a una de mayor compromiso, pero las diferencias son solo marginalmente significativas.

La Tabla N° 5 presenta los resultados de los modelos logísticos para cambios en el bienestar. El cambio en la estructura familiar se asocia a cambios en el bienestar en cuanto a ingreso, propiedad de la vivienda, depresión y apoyo emocional percibido, habiendo controlado por las demás covariables incluidas en los modelos. Las asociaciones en general van en la dirección esperada, marcando la ventaja de la estabilidad en la estructura familiar para el bienestar. Así, quienes mantuvieron el mismo tipo de relación que tenían al momento del nacimiento de su primer hijo exhiben más del doble de chances de haber aumentado su ingreso familiar durante los primeros cuatro años de vida del niño, en comparación con quienes cambiaron de relación para disminuir el nivel de compromiso con el padre del niño. Quienes mantuvieron su relación también poseen tres veces más chances de haberse convertido en propietarias de su vivienda, mientras que sus posibilidades de haber recibido un diagnóstico de depresión desde el nacimiento del primer hijo son 60% menores en comparación con las de las mujeres que disminuyeron el nivel de compromiso. A su vez, las mujeres que cambiaron su relación para pasar a una de mayor compromiso también presentan menos chances de haber recibido un diagnóstico de depresión que quienes disminuyeron el nivel de compromiso con el padre de su primer hijo, pero esta relación es solo marginalmente significativa. Contra lo esperado, las mujeres que se mantienen en una estructura familiar estable tienen menos oportunidades de haber mejorado su percepción de apoyo emocional, aunque también esta relación es solo marginalmente significativa. En estos datos, el cambio en la estructura familiar no se asocia a cambios en la autopercepción del estado de salud ni en la percepción de apoyo económico.

El tipo de relación en la primera ola es otra variable de interés en estos modelos. Sin embargo, cuando se ajusta por los cambios en la relación, el nivel educacional, edad, condición de ocupación, *background* familiar y tamaño del hogar, el tipo de relación que las madres tenían con el padre de su primer hijo al momento del parto solo se asocia a la probabilidad de convertirse en propietaria de la vivienda, que es menor para las convivientes y las mujeres que pololeaban con el padre de su primer hijo al momento del parto en comparación con las casadas. Las mujeres que pololeaban al momento de su primer parto parecen tener mayores chances de mejorar su

percepción de apoyo emocional y económico entre la primera y la segunda ola que las mujeres que estaban casadas, aunque estas relaciones son solo marginalmente significativas. Lo mismo ocurre para las mujeres solteras y la percepción de apoyo emocional. Es posible que esto se deba a que tanto las mujeres que pololeaban como las que estaban solteras al momento del primer parto vivían en su mayoría con sus propios padres o familiares, lo que podría facilitar el apoyo social.¹⁶

Tabla N° 5: Resumen de análisis de regresión logística para variables asociadas a cambios en el bienestar (n=430)

	AUMENTÓ INGRESO FAMILIAR	SE CONVIRTIÓ EN PROPIETARIA	MEJORÓ ESTADO SALUD	RECIBIÓ DIAGNÓSTICO DE DEPRESIÓN	MEJORÓ EL APOYO EMOCIONAL	MEJORÓ EL APOYO ECONÓMICO
Cambio de relación (ref= disminuyó compromiso)						
Mantuvo su relación	2,49*	3,61*	0,78	0,41*	0,54+	1,38
Aumentó su compromiso	1,04	1,59	0,91	0,26+	0,97	3,4
Tipo relación primera ola (ref=casada)						
Convive	0,97	0,23**	0,69	0,94	1,13	1,71
Pololea	1,53	0,21*	1,03	0,29	2,38+	5,65+
Soltera	0,81		1,09	1,13	2,76+	2,46
Edad primera ola (ref=18-19)						
20-24	0,44+	0,31	1,03	1,23	1,15	1,77
25-29	0,42+	0,55	0,68	2,07	1,4	0,43
30-34	0,23*	1,04	0,91	1,04	2,2	13,98**
35-39	0,24*	0,84	0,83	1,38	3,01+	12,53*
Nivel educacional primera ola (ref=secundaria incompleta)						
Secundaria completa	2,38	2,16	0,62	0,64	3,85**	6,74*
Superior técnica	9,41**	2,88	0,20**	0,34	2,92+	0,74
Superior universitaria	8,14**	6,14*	0,31*	1,16	1,36	1
Condición de actividad (ref=ocupada)						
Desocupada	0,42	4,9	0,17	0,93	1,41	--
Inactiva	0,55+	0,46*	1,04	1,15	1,34	0,65
Familia intacta	0,94	0,74	0,8	1,01	0,73	0,89
Nivel educacional del padre de la entrevistada (ref= secundaria incompleta)						
Secundaria completa	1,28	1,39	0,94	2,52*	1,06	0,42
Superior	0,49+	1,36	0,88	1,33	0,66	0,47
Tamaño del hogar	1,01	0,61**	0,97	1,16	0,99	0,71*
Constante	0,08**	1,17	1,45	0,08**	0,09**	0,02*
Observaciones	430	321	430	430	430	419

a: se considera solo a no propietarias en la primera ola (n=358)

b: debido a que no hay mujeres desocupadas que hayan mejorado su percepción de apoyo económico, el n se reduce a 419.

** p<0,01, * p<0,05, + p<0,1

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Nuevas Familias Chilenas.

¹⁶ Ver Salinas (2011).

Respecto a las demás variables incluidas en los modelos, la edad se relaciona con la mejoría en el ingreso familiar, de manera que a mayor edad menores son las posibilidades de mejorar el ingreso. Esto puede deberse a que las mujeres de mayor edad al momento del primer parto probablemente ya tenían ingresos relativamente altos, por lo que puede ser más difícil que pasen a una mejor categoría. En cambio, las mujeres más jóvenes probablemente hayan tenido ingresos más bajos, por lo que potencialmente cuentan con más instancias para mejorar sus entradas en el futuro. Por otra parte, se observa que las mujeres de mayor edad tienen más chances de mostrar una mejoría en el apoyo emocional y económico percibido en comparación con las más jóvenes.

En lo que concierne al nivel educacional, las mujeres con educación postsecundaria disponen de mayores posibilidades de mejorar su ingreso familiar, en comparación con las mujeres que no habían concluido la secundaria al momento del primer parto. En la misma línea, las mujeres con educación universitaria tienen seis veces más chances de haberse convertido en propietarias de su vivienda que las mujeres que no habían terminado la secundaria al momento del primer parto. Curiosamente, las mujeres que habían alcanzado estudios postsecundarios al momento del primer parto exhiben menos oportunidades de mejorar el estado de salud que reportan entre olas. Adicionalmente, las mujeres con educación secundaria tienen más chances de haber mejorado la percepción de apoyo emocional y económico entre olas que las mujeres que no habían completado la secundaria. Una vez que se controla por nivel educacional y por las demás variables incluidas en estos modelos, la condición de actividad no parece relacionarse con los cambios en el bienestar. La excepción es la propiedad de la vivienda: las mujeres que en la segunda ola estaban inactivas tienen menos chances de haberse convertido en propietarias de su vivienda que las mujeres que estaban trabajando.

En cuanto a las medidas de *background* familiar que se incluyen, en general no resultaron significativas en los modelos, a excepción del nivel educacional del padre de la entrevistada en el caso de la depresión. Las mujeres cuyos padres completaron la enseñanza secundaria tienen más oportunidades de haber recibido un diagnóstico de depresión durante los primeros cuatro años de vida del niño que las mujeres cuyos padres no terminaron la secundaria. Finalmente, un mayor tamaño del hogar se asocia a menores chances de haberse convertido en propietaria y a menores chances de percibir un mejor apoyo económico que en la primera ola.

Conclusión

Este artículo indaga en las diferencias relacionadas con el bienestar entre mujeres que se inician en la maternidad, pertenecientes a diferentes estructuras familiares, a la vez que examina los cambios en el bienestar ante cambios en la estructura familiar, utilizando datos de una pequeña encuesta longitudinal aplicada en Santiago. Aunque la muestra no es probabilística y de hecho solo considera a mujeres de Santiago,¹⁷ limitaciones importantes cabe consignar en tanto no es posible generalizar los resultados aquí obtenidos a la población de madres en Chile, este constituye un primer esfuerzo por indagar en la dinámica de las transformaciones familiares en Chile y su relación con el bienestar de las mujeres, problemática relevante de analizar considerando las transformaciones familiares que el país está experimentando.

Los resultados indican que hay diferencias considerables en el bienestar socioeconómico de las mujeres de acuerdo a la estructura familiar en que se inician en la maternidad. Las mujeres casadas tienen un mejor nivel educacional que las convivientes, que las mujeres que pololeaban con el padre de su primer hijo al momento del parto, y que las mujeres que habían terminado su relación con él. Asimismo, las casadas también exhiben una mayor probabilidad de estar trabajando cuatro años después de haber tenido a su primer hijo, de ser propietarias de su vivienda y de tener un mayor nivel de ingresos familiares. Esto se suma a que son mujeres de mayor edad al momento de dar a luz por primera vez. La ventaja de las casadas sobre los demás grupos es de una magnitud importante en el área socioeconómica.

En cuanto al bienestar físico y emocional, las casadas vuelven a estar en una posición privilegiada, pero las diferencias esta vez no son de una magnitud tan considerable, aunque sean estadísticamente significativas. Las mujeres casadas tienden a declarar un mejor estado de salud, mientras que las mujeres que estaban solteras al momento de su primer parto presentan una mayor probabilidad de experimentar un alto nivel de estrés maternal durante los primeros cuatro años de vida de su hijo.

En cuanto al apoyo social, las mujeres casadas nuevamente manifiestan mejores resultados en términos de apoyo emocional y económico percibido, pero también en esta área la magnitud de las diferencias con los otros grupos no es tan grande como en el bienestar socioeconómico.

¹⁷ Las principales causas para limitar el trabajo a la ciudad de Santiago corresponden a razones de costo y tiempo. El levantamiento de datos en la primera ola 2008-2009 correspondió a una actividad para la tesis de doctorado de la primera autora, por tanto los recursos eran limitados. Asimismo, el objetivo era poder seguir efectivamente a las mujeres que comenzaban su maternidad por un periodo de tiempo de cuatro años y, para facilitar este seguimiento y la accesibilidad, se prefirió restringir la muestra a la ciudad de Santiago.

En relación a los cambios en el bienestar ante cambios en la estructura familiar, los resultados bivariados indican que la estabilidad se asocia a mejores resultados en el ámbito socioeconómico, es decir, que las mujeres que se mantienen en la misma relación que tenían con el padre de su primer hijo al momento del parto exhiben mejores indicadores en cuanto a educación, empleo, propiedad de la vivienda e ingresos.

La estabilidad también se asociaría a una mejor percepción de apoyo social, pero no a cambios en el bienestar físico o emocional. El análisis multivariado que, con una muestra más pequeña, testea más directamente la pregunta por los cambios en el bienestar de las mujeres ante cambios en la estructura familiar controlando por otras variables relevantes, indica que la estabilidad en la estructura familiar se asocia a una mejoría en los ingresos y la propiedad de la vivienda, y a un menor diagnóstico de depresión. Tal como en el caso de las diferencias en bienestar según estructura familiar, los cambios en el bienestar ante cambios en la estructura familiar parecen ser más pronunciados cuando se trata de bienestar socioeconómico. Con estos datos, pasar a una relación de mayor compromiso solo se asocia marginalmente a una menor probabilidad de diagnóstico de depresión durante los primeros cuatro años de vida del niño.

Estos resultados guardan bastante relación con la investigación previa e indican que la estabilidad familiar parece beneficiar el bienestar de las madres. Como la estabilidad familiar es relativamente alta en esta muestra (solo en un 35% de los casos hubo transformaciones en la estructura), los resultados son en general auspiciosos. Sin embargo, deben considerarse al mismo tiempo las diferencias en bienestar por tipo de estructura familiar, que son especialmente marcadas en lo socioeconómico, destacando la desventaja de las mujeres que no están casadas. En conjunto, ambos resultados sugieren que las mujeres que salen de una relación de convivencia o pololeo y que se mantienen como madres solteras son probablemente quienes más perjudicadas ven su bienestar durante los primeros años de su maternidad. De ahí que es posible que el bienestar de sus hijos se vea afectado por dicha situación y sin lugar a dudas el bienestar de los niños ante cambios en la estructura familiar es una problemática central a abordar en futuras investigaciones. Estas familias deberían ser, por lo tanto, especial foco de políticas públicas. Un área de acción en este sentido sería potenciar la ayuda económica directa a las madres solteras y a las madres cuya relación de pareja conviviente o de noviazgo ha finalizado, lo que constituiría un primer alcance para aumentar el bienestar de estas mujeres.

Referencias bibliográficas

- Acosta, E. y Perticará, M. (2005). El trabajo remunerado y el cuidado de los hijos. *Persona y Sociedad*, 19 (2), 115-30.
- Agoff, C., Herrera, C. y Castro, R. (2007). The Weakness of Family Ties and Their Perpetuating Effects on Gender Violence: A Qualitative Study in Mexico. *Violence Against Women*, 13 (11), 1206-220.
- Ariza, M. y De Oliveira, O. (2004). *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Nacional de México.
- Arriagada, I. y Aranda, V. (2004). Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces. Paper presentado en seminario Cambio de las Familias en el Marco de las Transformaciones Globales: Necesidad de Políticas Públicas Eficaces, Santiago de Chile.
- Avellar, S. y Smock, P. J. (2005). The Economic Consequences of the Dissolution of Cohabiting Unions. *Journal of Marriage and Family*, 67 (2), 315-27.
- Bianchi, S. y Milke, M. A. (2010). Work and Family Research in the First Decade of the 21st Century. *Journal of Marriage and Family*, 72 (3), 705-25.
- Binstock, G. y Cabella, W. (2011). La nupcialidad en el Cono Sur: evolución reciente en la formación de uniones en Argentina, Chile y Uruguay. En G. Binstock y J. M. Vieira (eds.), *Nupcialidad y familia en la América Latina actual* (pp. 35-60). Río de Janeiro: ALAP.
- Bost, K. K., Cox, M. J., Burchinal, M. R. y Payne, C. (2002). Structural and Supportive Changes in Couples' Family and Friendship Networks Across the Transition to Parenthood. *Journal of Marriage and the Family*, 64 (2), 517-31.
- Bradbury, K. y Katz, J. (2002). Women's Labor Market Involvement and Family Income Mobility When Marriages End. *New England Economic Review*, 4, 41-74.
- Brown, S. L. (2000). The Effect of Union Type on Psychological Well-Being: Depression among Cohabiters versus Marrieds. *Journal of Health and Social Behavior*, 41 (3), 241-55.
- Casen (2011). *Encuesta Nacional de Caracterización Socioeconómica*. Santiago: Mideplan.
- Castro-Martín, T. (2002). Consensual Unions in Latin America: Persistence of a Dual Nuptiality System. *Journal of Comparative Family Studies*, 33 (1), 35-55.
- Cherlin, A. (2009). *The Marriage-go-round*. New York: Alfe A. Knopf.
- Cooper, C. E., McLanahan, S., Meadows, S. O. y Brooks-Gunn, J. (2009). Family Structure Transitions and Maternal Parenting Stress. *Journal of Marriage and Family*, 71 (3), 558-74.
- Engelbein, D. J. (2005). Cohabitation and Exchanges of Support. *Social Forces*, 83 (3), 1097-110.
- Eng, P. M., Kawachi, I., Fitzmaurice, G. y Rimm, E. B. (2005). Effects of Marital Transitions on Changes in Dietary and Other Health Behaviours in US Male Health Professionals. *Journal of Epidemiology and Community Health*, 59 (1), 56-62.

- Hao, L. (1996). Family Structure, Private Transfers, and the Economic Wellbeing of Families and Children. *Social Forces*, 75 (1), 269-92.
- Harknett, K. y Knab, J. (2007). More Kin, Less Support: Multipartnered Fertility and Perceived Support among Mothers. *Journal of Marriage and the Family*, 69 (1), 237-53.
- Henly, J. R., Danzinger, S. K. y Offer, S. (2005). The Contribution of Social Support to the Material Well-Being of Low-Income Families. *Journal of Marriage and the Family*, 67 (1), 122-40.
- Herrera, M. S., Salinas, V. y Valenzuela, E. (2011). Familia, pobreza y bienestar en Chile: un análisis empírico de las relaciones entre estructura familiar y bienestar. *Temas de la agenda pública* (pp. 1-19). Santiago: Centro de Políticas Públicas UC.
- INE (2010). La familia chilena en el tiempo. Santiago: Instituto Nacional de Estadísticas (INE).
- _____ (2013). *Compendio estadístico 2013*. Disponible en http://www.ine.cl/canales/menu/publicaciones/compendio_estadistico/compendio_estadistico2013.php [septiembre 2014].
- _____ (2014). Empló trimestral. Disponible en http://www.ine.cl/canales/chile_estadistico/mercado_del_trabajo/nene/cifras_trimestrales_NDE_2013.php [septiembre 2014].
- Jackson, A. P. (1998). The Role of Social Support in Parenting for Low-Income Single, Black Mothers. *Social Service Review*, 72 (3), 365-78.
- Kennedy, S. y Bumpass, L. (2008). Cohabitation and Children's Living Arrangements: New Estimates from the United States. *Demographic Research*, 19 (47), 1663-692.
- Krieger, N. (2001). Theories for Social Epidemiology in the 21st Century: An Ecosocial Perspective. *International Journal of Epidemiology*, 30 (4), 668-77.
- Larrañaga, O. (2006). Comportamientos reproductivos y fertilidad en Chile 1960-2003. En J. S. Valenzuela, E. Tironi & T. R. Scully (eds.), *El eslabón perdido: familia, modernización y bienestar en Chile* (pp. 137-76). Santiago: Taurus.
- Liu, H. y Umberson, D. (2008). The Times They are a Changin': Marital Status and Health Differentials from 1972 to 2003. *Journal of Health and Social Behavior*, 49 (3), 239-53.
- Manning, W. D. y Brown, S. L. (2006). Children's Economic Well-being in Married and Cohabiting Parent Families. *Journal of Marriage and Family*, 68 (2), 345-62.
- McLanahan, S. y Percheski, C. (2008). Family Structure and the Reproduction of Inequalities. *Annual Review of Sociology*, 34 (1), 257-76.
- Meadows, S. O., McLanahan, S. S. y Brooks-Gunn, J. (2008). Stability and Change in Family Structure and Maternal Health Trajectories. *American Sociological Review*, 73 (2), 314-34.
- Mideplan (2010). Mujeres Encuesta Casen 2009. Santiago: Ministerio de Planificación y Cooperación (Mideplan).
- _____ (2011). *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional*. Santiago: Ministerio de Planificación y Cooperación. Santiago: Mideplan.
- Musick, K. y Bumpass, L. (2012). Reexamining the Case for Marriage: Union Formation and Changes in Well-being. *Journal of Marriage and Family*, 74 (1), 1-18.

- Osborne, C., Berger, L. M. y Magnuson, K. (2012). Family Structure Transitions and Changes in Maternal Resources and Well-being. *Demography*, 49 (1), 23-47.
- Ponce de León, M., Rengifo, F. y Serrano, S. (2006). La pequeña república. La familia en la formación del Estado nacional, 1850-1929. En J. S. Valenzuela, E. Tironi y T. R. Scully (eds.), *El eslabón perdido. Familia, modernización y bienestar en Chile* (pp. 43-96). Santiago: Taurus.
- Princeton University y Columbia University (s/f). *Fragile Families and Child Wellbeing Study*. Disponible en <http://www.fragilefamilies.princeton.edu>
- Quilodrán, J. (2003). La familia, referentes en transición. *Papeles de Población*, 9 (37), 51-82.
- Registro Civil e Identificación de Chile. (2014). Estadísticas con Enfoque de Género. *Estadísticas*. Disponible en http://www.registrocivil.gob.cl/PortalOI/f_estadisticas_enfoque_de_genero.html [septiembre 2014].
- Rindfuss, R. R. y VandenHeuvel, A. (1990). Cohabitation: A Precursor to Marriage or an Alternative to Being Single? *Population and Development Review*, 16 (4), 703-26.
- Robles, T. F. y Kiecolt-Glaser, J. K. (2003). The Physiology of Marriage: Pathways to Health. *Physiology & Behavior*, 79 (3), 409-16.
- Rojas, V. (2012). *Determinantes sociales de la depresión en Chile*. Tesis (Mg), Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Salinas, V. (2011). Socioeconomic Differences According to Family Arrangements in Chile. *Population Research and Policy Review*, 30 (5), 677-99.
- (2012). Madres primerizas en Chile: estructuras familiares, bienestar socioeconómico y bienestar emocional. *Persona y Sociedad*, 26 (2), 115-42.
- (en prensa). Cambios en el tipo de unión ante el nacimiento del primer hijo en Chile. *Revista Latinoamericana de Población*.
- Tomicic, A., Avendaño, C. y Román, J. A. (2004). Conflicto y equilibrio en la relación trabajo-familia. Un estudio con mujeres trabajadoras por cuenta propia. *Persona y Sociedad*, 18 (1), 51-76.
- Umberson, D., Williams, K. L., Powers, D., Liu, H. y Needham, B. (2006). You Make Me Sick: Marital Quality and Health Over the Life Course. *Journal of Health and Social Behavior*, 47 (1), 1-16.
- Vigorito, A. (2010). El bienestar socioeconómico de las mujeres y los cambios en la convivencia en pareja. El caso de las mujeres en Montevideo y el área metropolitana entre 2001 y 2007. Paper presentado en el IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, La Habana, Cuba.
- Waite, L. J. y Gallagher, M. (2000). *The Case for Marriage: Why Married People are Happier, Healthier and Better off Financially*. New York: Random House LLC.
- Wiegand, M. d. P. (2012). Convivencia en Chile: características y trayectorias. Tesis (Mg), Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.

- Williams, K. L. (2003). Has the Future of Marriage Arrived? A Contemporary Examination of Gender, Marriage, and Psychological Well-Being. *Journal of Health and Social Behavior*, 44 (4), 470-87.
- Williams, K. L., Sassler, S. S. y Nicholson, L. M. (2008). For Better or for Worse? The Consequences of Marriage and Cohabitation for Single Mothers. *Social Forces*, 86 (4), 1481-511.
- Williams, K. L. y Umberson, D. (2004). Marital Status, Marital Transitions, and Health: A Gendered Life Course Perspective. *Journal of Health and Social Behavior*, 45 (1), 81-98.